

El Aforismo

Apuntes sobre un género literario

Erika Martínez

La historia de la literatura es con demasiada frecuencia el escenario de una competición por el establecimiento de récords nacionales. Dentro de ese escenario, suelen citarse las Maximes (1664) de La Rochefoucauld como peldaño inaugural de una escalera que conduce al aforismo contemporáneo, al menos dentro de la literatura europea. En 1647, ya se había publicado en España el Oráculo manual y arte de prudencia de Baltasar Gracián. Y, más de un siglo, antes los Ricordi (1512-1525) de Francesco Guicciardini. Podríamos considerar muchos más precedentes y profundizar en sus diferentes terminologías, pero lo que nos interesa ahora es señalar el origen de una tradición que surge de la conjunción de tres volúmenes: el Oráculo de Gracián, las citadas Maximes de La Rochefoucauld y los Pensées de Pascal, publicados en 1670. En dicha conjunción puede cifrarse el nacimiento del nuevo género literario.

Cultivada durante el Barroco francés por La Bruyère, Vauvernargues o Rivarol, esta primera veta de la tradición aforística fue bautizada con el término de máxima moral. Las máximas eran colecciones de sentencias orientadas a dirigir acciones morales, juicios generales de tipo crítico o apologético sobre la esencia del hombre y su conducta social, adoptando a menudo una forma humorística. A la estela de los moralistas franceses, escribirán ya en el siglo XVIII varios autores italianos (como Algarotti o Cesare Beccaria) y alemanes (como Kästner o Platner).

Durante el Prerromanticismo y el Romanticismo europeo, puede hablarse ya del surgimiento de una segunda veta de la tradición aforística, en la que encaja de manera más exacta nuestra concepción actual del género. Desde ese momento, los aforismos serán concebidos como reflexiones sorprendentes, sintéticas y capaces de comunicar una fuerte verdad derivada de una iluminación súbita e intuitiva. En la formulación de esta nueva

variante del género será fundamental la



Alexander Calder. 1967.

aportación del teórico alemán Gerhard Neumann, que publicó en 1976 un volumen fundacional titulado *Der Aphorismus*. Según Neumann, se debe al pensamiento alemán del siglo XIX la idea de que el conocimiento nacido del pensamiento aislado no sólo concierne a la naturaleza del objeto, sino también al yo pensante y al propio acto cognoscitivo. A partir de este momento, muchos filósofos apostarán en su obra por la yuxtaposición fragmentaria de enunciados.

El aforismo sufrirá entonces una notable diversificación. A las antiguas máximas morales vendrán a sumarse toda una serie de pensamientos truncados, provenientes a menudo de diarios íntimos. Entre 1802 y 1806 se publicarán los aforismos de Lichtenberg, que el autor alemán había anotado en libretas a la largo de toda su vida. Y en 1838, el *Recueil des Pensées* de Joubert. En la misma época escribió Leopardi su *Zibaldone*, que no sería editado

hasta 1898 bajo el título *Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura*.

Si nos remontamos a su origen etimológico, el término “aforismo” deriva del verbo griego *aphorízein*, que significa “delimitar, separar, distinguir”. Será a partir del *Corpus Hippocraticum* cuando el término adquiera su significación de verdad de conocimiento y posteriormente de sentencia. Durante el Renacimiento, la palabra aforismo reaparecerá en la literatura italiana y española con la significación de breve teorema histórico-político. Pero será Nietzsche quien dará una nueva circulación al término dentro de la literatura europea. En *El crepúsculo de los dioses* (1888) puede leerse: “Los aforismos, las sentencias, en las cuales yo soy el primer maestro entre los alemanes, son las formas de la eternidad”. Poco después, en 1902, se publica también en Alemania la obra de Lichtenberg bajo el título *Aphorismen*. A partir de ese momento, el término se impondrá con su significación actual.

Partiendo de esa significación, ¿qué diferencia hoy al aforismo de otras formas breves? Propongo, muy brevemente, algunas distinciones. Frente a ciertas variantes del periodismo, como los cables informativos o los titulares de prensa, los aforismos tienen carácter gnómico. Frente a la poesía, se escriben en prosa. Frente al microrrelato, puede decirse que no son ficcionales ni narrativos. Recopilando lo

dicho hasta ahora, un aforismo es un texto en prosa extremadamente breve, de carácter gnómico, no narrativo y no ficcional. A estos rasgos definitorios podríamos añadir otros más contingentes como su tendencia al humorismo, a la agudeza, a la elipsis, al efecto sorpresa, etc. Personalmente, añadiría un rasgo que me atrevo a considerar identitario: la tendencia a discrepar. Los aforismos discrepan semántica, formal, poética, ideológica, espiritual y filosóficamente. Discrepan hasta consigo mismos, lo que explica su amor por las paradojas.

Dicho todo esto, no hay que olvidar que en la república de las letras abundan los ciudadanos contestatarios, lo que implica que toda ley literaria que se formula sea objeto inmediato de excepciones y subversiones. Veamos algunas de ellas.

En una reseña a Calcomanías de 1925, escribió Borges ¹ : “Girondo es un violento. Mira largamente las cosas y de golpe les tira un manotón (...). Ante los ojos de Girondo, ante su desenvainado mirar, las cosas dialogizan, mienten, se influyen” (613-14) ² . Durante el primer tercio del siglo XX, los aforismos parten de la citada economía de lo breve (concreción, agudeza, intensidad, etc.) y la violentan. Decía que la forma específica mediante la cual este género literario ejerce la violencia es la discrepancia. Durante las vanguardias esta discrepancia deviene lisérgica. El aforismo

empieza a subvertir algunos de los rasgos que le eran supuestamente esenciales, poniendo en cuestión la lógica de la máxima información en el mínimo espacio. Contra la eficacia del aforismo clásico, las vanguardias empiezan a construir aforismos a partir de digresiones, lógicas imposibles, imágenes arbitrarias, transitando un nuevo territorio transgenérico que bebe más que nunca de la poesía. Aunque fue Ramón Gómez de la Serna el primer autor que dinamitó la lógica clásica del aforismo en castellano, autores como Bergamín, Girondo o Max Aub siguieron su huella. Su perversión del género es tal, que un gran número de lectores y críticos perfectamente autorizados consideran que greguerías, granizadas y calcomanías no son aforismos. Más que renunciar al pensamiento, predominante en las máximas, puede decirse que estos autores eligieron pensar con metáforas. La sacudida que le dieron al aforismo se parece a lo que hicieron Arreola o Monterroso con el cuento: transitar géneros limítrofes, sabotear sus principios esenciales y hacer de la subversión literaria una ley.

Más allá de esta búsqueda de la discrepancia, el carácter ocurrente, lúdico y repentista de los aforistas de vanguardia ha sido siempre un arma de doble filo: la simpatía que despertaron sus obras impidió en muchas ocasiones una consideración más profunda de su alcance. Las greguerías, por ejemplo, siempre se enseñaron en la escuela como si fueran juguetes

desechables, idea que por otro lado no desagradaría al propio Gómez de la Serna. De hecho hay en toda su obra algo de juego lingüístico, en el sentido wittgensteniano: cada contexto concreto, cada uso del lenguaje, suscita un nuevo sistema de reglas.

Las vanguardias de principios de siglo se dejaron encandilar por el carácter asistemático, discrepante y fractal del aforismo, por su tendencia centenaria a discutir toda forma de aspiración a la totalidad. Este afortunado encuentro, sin embargo, no debe llevarnos a engaños. Ya en 1605, Francis Bacon llamó a sus contemporáneos a discutir la lógica monolítica del escolasticismo mediante pensamientos breves, desperdigados y concisos. Como señala Nora de Marvel.³ :

Pensar y escribir en aforismos -descritos por Bacon como short and dispersed sentences en las que discourse of connexion and order y recitals of examples are cut off- aventajaba en su sentir al método discursivo porque al exponer el conocimiento empírico en forma fragmentaria, despertaba de necesidad múltiples resonancias y era, entonces, el vehículo más eficaz para provocar en el lector la cogitación activa y dinámica.

La absoluta actualidad de esta reflexión de Bacon conecta con la siguiente reflexión: “Reaccionar contra lo fragmentario es absurdo

porque la constitución del mundo es



Alexander Calder, *Rojo, negro y azul*, 1968, placa de aluminio pintado y puntales de acero inoxidable, Museo de Arte de Milwaukee, Wisconsin

fragmentaria, su fondo es atómico, su verdad es disolvente"⁴ . Aunque parezca inverosímil, la cita no es de Lyotard o algún otro teórico de la posmodernidad, sino del propio Gómez de la Serna.

Más allá de las primeras vanguardias, el ludismo irreverente, la tendencia al repentismo y la metáfora como deporte de alto riesgo reaparecen de forma intermitente en posteriores manifestaciones del aforismo. Es el caso modélico de César Fernández Moreno, cuyos *Ambages* son ya desde su título una declaración de intenciones. En el prólogo a su edición de 1972, apunta el escritor argentino (Caracas, Monte Ávila, p. 13):

Decir una cosa sin ambages es decirlo sin vueltas, sin rodeos. En este libro, contrariamente, las cosas se dicen con ambages: con vueltas, con rodeos; sugiriendo por la ironía, por la falacia, por la agachada. Es así como he dado en llamar ambages este género de aforismos, y los he ido acumulando a lo largo de más de treinta años hasta formar este librito. No se busque lógica en ellos. Búsquese, en todo caso, la lógica del absurdo (que es la del vivir).

Hasta el día de hoy, el aforismo sigue siendo un territorio gobernado por la prosa del pensamiento. Desde principios del siglo XX, sin embargo, ese territorio tolera rincones donde los galimatías discuten la lógica moderna, la dispersión boicotea la eficacia literaria y las intuiciones caprichosas usurpan el lugar de la pertinencia gnómica.

Notas

1. La reseña fue publicada originalmente por Borges en la revista *Martín Fierro* (2ª época, Buenos Aires, núm. 18, 26 de junio de 1925). Posteriormente pasaría a formar parte del volumen *El tamaño de mi esperanza* (Buenos Aires, Proa, 1926).
2. Como posible genealogía, además de la obvia ramoniana, Borges señala al

boliviano José Eduardo Wilde, escritor, político y médico que se doctoró en Buenos Aires con una tesis titulada, significativamente, *El hipo*.

3. De Marvel-McNair: “Aforismos de eco múltiple en Ambages de César Fernández Moreno”, en *Inti: Revista de literatura hispánica*, N.º 21, vol. I, artículo 28, primavera, 1985.
4. Gómez de la Serna, Ramón, prólogo a *Greguerías. Selección 1910-1960*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, pp. 66-67.

Érika Martínez (Universidad de Granada, España). Doctora en Filología Hispánica y licenciada en Teoría de la Literatura, se desempeña como columnista, editora e investigadora. Ha publicado con la editorial Pre-textos los libros *Color carne* (poemas) y *Lenguaraz* (aforismos). Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.